



Disney

LA SIRENITA

LA
NOVELA

Disney
LA SIRENITA

 LA
NOVELA

Adaptación de Faith Noelle
Guion de David Magee
Basada en *La Sirenita* de Disney

LIBROS Disney

© 2023 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
© de la traducción: Marta García Madera, 2023
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: mayo de 2023
ISBN: 978-84-18940-89-7
Depósito legal: B. 7140-2023
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Capítulo Uno

Nada es tan magnífico como el mundo submarino. A primera vista, hay una calma cautivadora que impregna esa expansión infinita. Las plantas coloridas se balancean con dulzura, bailando entre las altas formaciones rocosas que se alzan desde el arenoso lecho marino. Escondido lejos de los ojos humanos, un majestuoso palacio de coral está perfectamente centrado en un voluptuoso jardín de azules y rosas.

En efecto, la verdadera belleza del mar es la forma en la que parece rebosar de vida. Desde su trono, el rey Tritón puede ver grupos de tortugas marinas flotando mientras los delfines bailan alegremente unos alrededor de otros mientras cantan. Los bancos de peces corren se mueven como una flecha por el agua, intentando mantener el ritmo de los demás. Y, rodeando al rey, suenan la música y las charlas alegres mientras los miembros del pueblo sireno de palacio ultiman los preparativos con prisas.

Esa noche es el inicio de la celebración de la Luna de Coral.

Es el momento preferido del año para el rey del mar. Es cuando los miembros del pueblo sireno de todas partes se reúnen para celebrar que la luna los bendice con abundancia y buena suerte. Y lo más importante: es una de las pocas oportunidades para que Tritón vea a todas sus hijas juntas. Siempre hay trabajo que hacer pero también mucha alegría mientras todo siga su curso.

Tritón se pone una caracola grande en los labios y sopla. El sonido de trompeta resuena por las aguas. Las

hijas del rey del mar saben lo que significa; las princesas no tardan mucho en llegar al salón del trono de su padre. La estatura del rey Tritón sugiere gran poder y fuerza, pero hay una ligereza en su interior cuando mira a su alrededor. Su familia está junta, a salvo, preparada para empezar un año nuevo. Tritón se sienta en el trono tallado natural en medio del salón. Sus hijas deciden ir a los salientes de coral alrededor de su padre.

—Mis hijas de los Siete Mares —empieza, radiante de orgullo—, me llena el corazón teneros a todas aquí —va diciendo a cada una—. Tamika, Perla, qué alegría veros. Caspia, Indira, celebro las noticias de todas vuestras aguas. Mala, Karina... —Un hueco notable le llama la atención, y dice—: ¿Dónde está Ariel?

Hay una pausa incómoda mientras sus hijas se miran entre sí. Nunca se les ha dado bien tener vigilada a su hermana pequeña.

Tritón se empieza a masajear las sienes, su frustración solo hace que aumentar con el silencio. Lo único que quería era un inicio tranquilo de esa celebración importante con sus siete hijas. ¿Era mucho pedir?

En general, gobernar los Siete Mares parece fácil en comparación con seguirle la pista a Ariel. Nunca ha sido de las que se quedan quietas demasiado tiempo, tiene un espíritu demasiado aventurero. Da miedo lo mucho que Ariel le recuerda a su madre. Se le hace un nudo en la garganta cuando lo piensa. El rey mueve la cabeza para aclararse la mente y se vuelve a concentrar en el problema en cuestión.

Por el rabillo del ojo, se fija en un movimiento repentino. Ve a Sebastián, un cangrejo que es su mano derecha, intentando alejarse rápida y discretamente. Frunciendo el ceño, Tritón alarga el brazo y lo sujeta bajo su dedo.

—¡Sebastián! —El cangrejo tiembla mientras los orificios nasales de Tritón se ensanchan por el enfado—. ¡Se suponía que te ibas a asegurar de que Ariel estuviera aquí!

—Oh, lo he intentado, majestad, pero esa niña es imposible. Le he recordado la reunión esta misma mañana. ¿Qué más puede hacer un crustáceo?

—¡Puedes ir a buscarla, ¿no?! —responde Tritón mientras suelta al cangrejo.

—¡Sí, majestad! ¡Ahora mismo! —Sebastián se va tan deprisa como puede con sus patitas.

Tritón lo ve marcharse antes de pellizcarse el puente de la nariz. Es típico de su hija más pequeña faltar a una cita importante porque está explorando los mares o alguna otra absurdidad. ¿Por qué no puede ser menos... curiosa? No, no quiere eso. Por mucho que el comportamiento de Ariel lo frustre, hay una familiaridad tranquila incluso para las excentricidades más exasperantes de Ariel. Ese pensamiento derrite poco a poco el enfado de Tritón, dejando al rey del mar perdido en un viejo recuerdo.

Mientras tanto, Sebastián refunfuña para sus adentros mientras sale del salón del trono.

—No puede ser tan difícil encontrar a una sirena, ¿verdad? —¿Acaso no era siempre esa la cuestión con Ariel? Si Sebastián tenía suerte, solo tendría que buscarla en un océano. El cangrejo lanza un suspiro hondo—. ¿Dónde estás, niña?

* * *

Ariel nada sin prisas por el agua, manteniendo los ojos abiertos por si ve algún tesoro interesante escondido entre las rocas y los corales. Se ha despertado esa mañana con el impulso de explorar quemándole en el estómago. Hace días que no encuentra nada que añadir a su colección. Está un poco más lejos del palacio de lo que se supone que debe estar, pero los mejores objetos solo se pueden descubrir donde hay barcos hundidos de los humanos.

El destello de algo en una hendidura entre las rocas le llama la atención. Intenta alcanzar el tesoro brillante y desconocido.

—Nunca he visto uno de estos —murmura para sus adentros. Tiene una forma alargada y cilíndrica, con un lado más grande que el otro. Ariel sonrío de oreja a oreja, fascinada, mientras levanta el extremo grande hasta la cara y entrecierra los ojos para mirar por el objeto. Ve a su amigo Flounder al otro lado. El pez joven y tímido, que parece increíblemente pequeño, nada hacia ella.

—No podemos alejarnos tanto del palacio, Ariel —dice Flounder.

Ariel se sorprende porque la voz suena como si estuviera muy cerca. Y aún se queda más atónita cuando baja el objeto y ve que Flounder está mucho más cerca de lo que parecía.

—¡Oh!

—Volvamos ya —le ruega Flounder.

Pero aquel dispositivo extraño ha captado la atención de Ariel. «¿Cómo funciona?» Lo levanta y lo baja, viendo que las cosas grandes que tiene alrededor pasan a ser pequeñas. Los humanos crean objetos tan interesantes, ¿cómo no va a sentirse alguien intrigado por cosas como esa?

—Venga, Ariel. ¡Por favor!

La princesa sonrío por el comportamiento típico de su amigo. Parece que Flounder quiera ver si puede rodearle el brazo con las pequeñas aletas para llevársela a rastras.

—Oye, Flounder, te portas como un *pezqueñajo*.

—De eso nada.

Flounder es incapaz de hablar sin hacer un mohín.

Ariel levanta una ceja alegremente pero no lo contra-

dice. Nada por encima de una loma y coge de nuevo el objeto, mirando esa vez por el extremo pequeño. Ariel se estremece al ver que las cosas que están lejos parecen estar mucho más cerca. Vaya, ¡sí que es útil!

—Creo que ya nos hemos alejado bastante —continúa Flounder. Pero Ariel vislumbra un grupo de rocas escarpadas llenas de madera podrida y cascos de los barcos naufragados.

—Espera, ¿qué es eso?

Ha explorado la tumba de ese naufragio incontables veces, para gran consternación de su padre, pero está segura de que no ha visto esos restos antes. Siente mariposas en el estómago. Un naufragio nuevo significa cosas nuevas que explorar.

—¡Venga! —dice a Flounder mientras baja el objeto, que se pliega sobre sí mismo. Ariel lo mete en la bolsa de tesoros que lleva atada y cruzada en el hombro. Encantada, sale nadando a toda velocidad.

Flounder salta, presa del pánico. Ve a Ariel dirigirse hacia los restos de barco, que hacen una especie de chirrido. Incluso desde esa distancia, siente que esos resi-

dos enormes se ciernen sobre ellos. No quiere acercarse, pero tampoco se plantea quedarse atrás.

—¡Ariel, espérame! Ya sabes que no nado tan deprisa.

Ese nuevo naufragio probablemente llevaba docenas, incluso cientos, de humanos en ese momento. El barco en sí parece intacto en general, aunque esté rodeado de cristal roto y astillas afiladas de vigas de madera. Hay un agujero enorme en medio del casco del barco: ¡es la invitación perfecta! Ariel mira dentro. Hay escombros esparcidos por todas partes, pero hay muchos tesoros raros que compiten por su atención.

—¡Mira eso! —dice asombrada—. Seguro que usaron este barco para batallas o algo así.

Flounder por fin llega donde está ella, jadeando.

—Vale, genial. Ahora, salgamos de aquí.

—¿Te estás echando atrás? —Ariel sonrío, aguantándose la risa, antes de entrar nadando en el barco.

—¿Quién, yo? Ni hablar.

—Vale. Entonces te puedes quedar aquí fuera y vigilar por si hay tiburones —le guiña un ojo antes de irse nadando y quedar fuera de su vista.

—¡Qué! ¡Ariel! ¡Espera! —grita Flounder mientras entra nadando en el barco. Mira a su alrededor con aprensión mientras pasa una sombra por encima del casco del barco.

Ariel no hace caso de los chillidos de protesta de Flounder y cruza la pasarela a nado. Se fija en que hay una puerta con las bisagras medio salidas, lo que supone una entrada perfecta. La abre por un lado justo cuando Flounder llega junto a ella de nuevo. El pez mueve los ojos de un lado a otro, presa de los nervios.

—¿De verdad crees que podría haber tiburones por aquí?

—Oh, Flounder —Ariel suelta una risita. Su amigo puede ser un miedica a veces, pero es raro que eso le impida acompañarla en sus aventuras. Eso la hace feliz. A Ariel le encanta poder descubrir cosas nuevas con él.

Muchos de los objetos humanos de dentro están hechos pedazos y tirados por el suelo. Ariel empieza a revisarlos, con la esperanza de encontrar algo intacto que pueda añadir a su colección.

La sirena suspira y saca un objeto pequeño y brillante de una pila de chatarra que hay encima de una mesa.

—¡Mira esto! —lo levanta para que Flounder lo pueda ver. El objeto diminuto es plateado, tiene tres picos puntiagudos y apenas es más grande que su mano—. ¡Es el tridente más pequeño que he visto en mi vida!

—¡Vaya! —Flounder está maravillado y lo mira con detenimiento. Puede que sea un pez nervioso, pero está igual de asombrado por esos tesoros humanos que Ariel.

La sirena señala alegre a su amigo con el tridente diminuto.

—Soy el rey Flounder —dice ella con una voz profunda y majestuosa—, ¡Señor de los Siete Mares!

Flounder se echa a reír.

—¿Por qué un humano necesitaría un tridente de ese tamaño?

—Seguro que Scuttle lo sabe. Siempre lo sabe todo —dice Ariel, dejando el objeto minúsculo en la bolsa.

De repente, se distrae al ver una gran capa que cubre algo. La aparta y se queda cara a cara con su propia ima-

gen. Ariel ha visto un espejo antes, pero no era tan grande. Flounder da un grito de sorpresa al verse a sí mismo.

Ariel no puede evitar reírse.

—¿Te quieres calmar? Solo es tu reflejo. Tranquilízate. No va a pasar nada...

Pero cuando Ariel vuelve a mirar al espejo, aparece una tercera figura amenazadora, cada vez más grande, sobre el reflejo.

Un tiburón.